

HACIA UNA NUEVA VISION DE LA POLITICA Y DE LA HISTORIA PUERTORRIQUEÑA*

ANDRÉS SÁNCHEZ TARNIELLA

Es el propósito de estas notas, abundar sobre la tesis de "nuevo enfoque" expuesta en mi libro anterior sobre el proceso político contemporáneo en Puerto Rico. Lo haré en esta ocasión limitándome a hacer explícito el modelo analítico seguido en aquella exposición. Lo que equivale a decir que me propongo empezar por la parte más básica y luego de ahí avanzar algo hasta ver si logramos encamparnos fuera del libro, hacia hontanares más fecundos. Vayamos pues a la parte primitiva.

Fue mi intención y así lo forjé en mi mente, hacer algo que tuviese el carácter de una composición. Una especie de cuadro... con palabras, de suerte que ese cuadro comportara una visión, un mensaje, una actitud, un enfoque, en fin. Ahora bien, esa composición —y así es como debe tomarse, jamás como un libro de historia o cosa parecida— esa composición, decía, utiliza elementos extraídos del campo de la ciencia, de la historia y de la literatura. Es decir, me propuse captar un perfil del desarrollo político del país, de su época más reciente apelando para ello a elementos científicos, históricos y de drama. Eso sí, colocados en su justa perspectiva: en todo momento tratando de ajustarme a los hechos de la manera más fiel, pero sometidos éstos a unas pruebas de laboratorio capaces de extraer de ellos sus íntimos secretos, sus más ocultos significados.

La idea que sirve de base a toda la exposición por su naturaleza misma tiene más el carácter de una proposición teórica como las que

* Conferencia dictada en el Ateneo el día 27 de marzo en ocasión de ser invitado a hablar sobre mi libro recién publicado *NUEVO ENFOQUE SOBRE EL DESARROLLO POLITICO DE PUERTO RICO*. La misma también forma parte de un tomo de ensayos que con el título de *Significados* aparecerá próximamente bajo el sello de la Editorial Anaya, 1971.

son frecuentes en el campo de la ciencia social. Se trata de la idea de distinguir tanto en el pasado como en el presente las acciones auténticas, propias, diríase libres, frente a las impuestas; a las que son resultado de la tutela o la intervención. Esta distinción no es corriente en la brega histórica porque no se suele bregar con ésta desde la perspectiva de modelos analíticos semejantes.¹ Pero puede hacerse y creo que es hora de que se emprenda. Aquí he formulado la idea y he tratado de substanciarlo. Con este fin es que entra el contenido histórico propiamente. No se trata de hacer investigaciones de primera mano; a estos efectos basta con los que al presente disponemos. Ni siquiera importa mucho —estimo— absoluta prolijidad de que los datos sean todos exactos; creo que si se busca con cuidado habrá de hallarse uno que otro error de fecha —aun descontadas las erratas— y así una que otra impresión, pero, en la medida en que ello no tenga el efecto de producir distorsiones en el patrón histórico aducido, basta para cumplir con su cometido.

Pero, aun con todas estas salvedades, el material sigue siendo muy abundante y de aquí que se precise de una técnica de exposición que pueda, dentro de ciertos límites prefijados, bregar convincentemente con los dos principios anteriores. Es aquí donde interviene el elemento de composición: el dónde empezar la narración y el ritmo a que ésta se dé, rápida por momentos, más pausada en otros e incluso instantes de quietud absoluta. Los capítulos sobre la constitución del 97 y sobre la autonomía fiscal no contemplan temporalidad alguna. Los capítulos primero y último están emplazados en el tiempo, pero de un presente casi absoluto. O tomando otro ángulo, el cómo decir las cosas, no diciendo siempre lo que se quiere ni siquiera lo que debiera decirse; el uso de las palabras: no puede uno cuidarse de todas ellas según la pauta de Flaubert, pero al menos algunas hay que escogerlas con cuidado. En fin, mantener un tejido de hilos dispuestos en dos planos, autónomos a la vez que interdependientes, uno de ellos complicando cada vez más las cosas, el otro haciéndolas a cada paso más simples.

Dicho todo esto de otra manera, creo que podemos organizar los materiales o poner un orden en ellos desde las vertientes diversas antes mencionadas.

Ahora bien, lo paradójico es que el trabajo pretende ser uno de divulgación, de contribuir a que el puertorriqueño enaltezca la imagen de sí mismo, necesario para tener una sociedad que sea digna

¹ Quizás con la sola excepción del interesante modelo seguido por E. Fromm y otros en el que se traza la interacción entre los aspectos caracterológicos e institucionales en el devenir histórico.

de ser libre, como estoy seguro que lo será muy pronto. Digo que hay una paradoja pues parece todo esto una forma muy complicada, algunos dirían rebuscada, y que por lo tanto no se presta a la divulgación. No es así: el ser humano es un ente muy extraño que a veces necesita la distancia para ver; cierto grado de confusión para aclararse las cosas; la complejidad para simplificarlo todo. ¿De dónde, acaso, parte esa obstinación latente en toda literatura de escudarse en metáforas, símiles, equívocos y muchos otros recursos semejantes? Si es que eso se hace porque es bello todavía nos queda por explicar por qué están concebidos de manera tal los cánones de estimación de la belleza. La verdad es que el ser humano no es un ente llano y transparente. Actúa sobre su mundo desde una armazón psicológica muy compleja y ello explica que haya a veces que hacer atajos caminando más. Cuánto nos sorprende que el eminente psicólogo contemporáneo Mawrer haya recurrido para explicar muchos principios actuales de la psicología nada menos que a Lope de Vega y encuentra allí esos principios claramente vistos y aplicados y nos sentimos tentados a añadir por cuenta nuestra, ¡y hasta en poesía para completar!, no, no, mejor debiéramos decir: precisamente por eso, porque fue capaz de hacer magnífica literatura es que logró ver las cosas tan claras. La ciencia moderna —nos refiere Dewey— ha procedido para poderse entender los hechos, no a tomarlos como éstos se nos presentan directamente, sino a alterándolos y luego procediendo a medir correlaciones. Finalmente, en el magno descubrimiento freudiano de llegar a la verdadera persona por vía de un inmenso rodeo —análisis de los sueños y otros recursos semejantes— tenemos a un tiempo una prueba más y quizá la explicación misma de por qué todo tiene que ser de esta manera; es decir, que a veces las fórmulas más fáciles y directas sean las que alteren la simple y lineal realidad en que nos imaginamos vivir.

Es por todo ello que esta suerte de contrapunto, esta yuxtaposición de tiempo y análisis nos debe permitir ver con claridad cosas que de otra manera no podríamos ver. Me parece, por ejemplo, que nos debe permitir apreciar con toda su crudeza las dos dimensiones en que transcurre la vida de los países sojuzgados. En esos países, y el nuestro es un caso ilustrativo, la acción se da dentro de los sencillos términos de una simple fórmula. Dichos términos no son otra cosa que la agresión, de una parte, y la resistencia de otra.

Puerto Rico es un país inmensamente agredido. Agredido de mil formas y maneras; agredido de presente y de pasado. En la poquedad del puertorriqueño, en su forma reservada de actuar diríase se resume toda esa carga de presiones. El ensayo "El Puertorriqueño Dócil" de René Marqués, como el reciente estudio de Granda, como el de Pe-

dreira, como el de Blanco, en fin, todos los buenos escritos que hemos tenido han logrado trazar las consecuencias de esa carga poderosa de la agresión que se ha ejercido sobre nuestro pueblo. Ha sido ella la que nos ha condicionado a ser pasivos y más que esto, a esperar de nosotros la pasividad. Cuando se rompe esa expectativa hay una sorpresa que conmueve los cimientos mismos del establecimiento. Si no interpreto mal, en las palabras de los políticos con motivo de los sucesos del 11 de marzo más que otra cosa ha habido perplejidad. Tan confiados han estado en esa pasividad y de su hábil dirección que les sorprende que algo les haya salido fuera del libreto.

Somos un pueblo agredido sistemáticamente y esta es la verdad más radical de nuestra vida de pueblo. Ahora bien, mi principal objeción a todos los buenos escritos que de manera tan clara han trazado la trayectoria de la agresión en el específico campo en que a cada uno de ellos le ha sido dable trazarla, es el suponer que eso sea todo lo que hay que decir acerca de este pueblo. Desde luego, no es que lo crean, pero actúan como si lo creyeran y ello ha dado cuerpo a lo que podríamos llamar un determinado estilo, una tónica en la narración. Quizá se deba a que nuestra manera de ser, así de reservada, ha predispuesto, ha impresionado al extremo de inclinar el estudio prácticamente hacia la partida única de la agresión y sus efectos. Es ante este estilo de investigación, o más bien hacia esta preconcepción implícita sobre lo que es la realidad nuestra que quiero hacer hincapié en la tesis que sirve de base a lo que llamo el nuevo enfoque. Por encima y más allá, antes y después de ese trazado de la violencia y de la intervención contamos también con una historia de la resistencia y es ésta quizá la verdad más hermosa que podemos pregonar. Grandá hizo un magnífico trabajo al exponer un aspecto muy importante de la agresión y sus consecuencias pero nada dijo de una profunda conciencia del idioma que le ha permitido al puertorriqueño perseverar en este aspecto importante de su identidad aún ante circunstancias muy desiguales. René Marqués en el ensayo aludido hizo muy bien en tratar de ir más allá y captar los efectos de esa poderosa carga de agresión sobre nuestra psicología colectiva, pero en su afán por ver nada más que docilidades por doquiera se le escapó una importante distinción entre una simple expresión de la conducta y un rasgo de carácter y de esta manera perdió la oportunidad de advertir elocuentes pruebas de resistencia por debajo de esa aparente docilidad. Maldonado Denis, en su magnífico libro, también reúne y de una manera convincente la mejor síntesis de esas agresiones; tampoco dio la atención debida a las auténticas respuestas ante esa reiterada historia de atropellos.

Y, con todo, la pregunta ingenua sigue en pie: ¿Cómo hemos po-

dido mantenernos como pueblo a pesar de tan profundos y repetidos intentos de alteración? Se trata de una pregunta sencilla pero profundamente iluminadora y que puede conducir a resultados y hallazgos muy fructíferos.

La agresión es lo extraño, lo ajeno, lo impuesto, independientemente de si la ejerce el dominador directamente o si por medio de agentes suyos, ayudantes en la mísera y vil empresa; (algunos por ignorancia, pensemos). Y hay que escribir ese lado de la historia porque es una referencia obligada y porque aporta datos importantes y porque hay que enseñar a repelerla. Pero no para quedarnos en ella ni para pretender que es lo único que hay —equivale a hablar de vacío histórico—, ni para engendrar con base a ella proyectos pues de ahí sólo podría salir como en Fannon el culto a lo único que queda: la violencia revolucionaria. La única forma en que la trayectoria de la agresión puede ser vista en su justa perspectiva y utilizada con propósitos creadores es si la anteponemos y la supeditamos a la historia nuestra, esa que no se cuenta pero que está ahí por si queremos verla. Lo que he propuesto es que la veamos. Es lo que se intenta hacer aunque de forma muy general, claro está, en los primeros capítulos del trabajo, empezando por el *Grito de Lares* acontecimiento que estimo como el más luminoso de nuestro desarrollo político. Encuentro allí un programa de ideas y propósitos que han de dar forma a la agenda política de aquella generación de patriotas puertorriqueños. He dicho en otro lugar que la Revolución de Lares no fue derrotada porque para mí hay un solo criterio para determinar si una causa grande triunfa o por el contrario cae derrotada, a saber: si los valores y propósitos de esa causa se afirman o se niegan en lo sucesivo. ¡Cuántas veces ocurre que un movimiento que triunfa al amparo de unos propósitos procede luego a base de virajes a negar aquello en lo que creyó inicialmente! Y, conversamente, cuántas veces un movimiento resulta hasta aniquilado y con todo, las ideas que sostiene por más que se quiera no logran ser desplazadas y así reaparecen de inmediato aunque tengan que valerse de un nuevo ropaje. La complejidad dialéctica de la vida humana a que aludí un momento atrás no se refiere únicamente al plano individual; vale también para el colectivo y más todavía en su dimensión de tiempo, es decir, en su desarrollo.

Así pues, ese mismo programa de Lares aunque seguido de otra manera, por otras vías, con otros protagonistas —aunque pensándolo bien el protagonista cuando la acción es auténtica sólo puede ser uno: el propio pueblo— ese programa es el que veo reaparecer en la ingente actividad de los reformistas de las décadas siguientes. Todo ello

es lo que he querido exponer como forma de ilustrar o sustanciar el enfoque seguido.

Valga en este punto una aclaración. Estos hechos han podido y han debido exponerse de otra manera, tal vez, con mayor corrección y espero que los historiadores de mi país así lo hagan. Aquí sólo he querido, a título de ejemplo, señalar esta vía que con ser tan valiosa cantera ha quedado considerablemente desatendida.

Tampoco es mi pretensión decir que esta actitud sea del todo nueva, que no haya sido captada antes. En modo alguno. Esta idea está clara en algunos de nuestros buenos literatos. Por ejemplo, en lo que al idioma concierne la capto con toda nitidez en un maravilloso cuento de Abelardo Díaz Alfaro, *Pello Mercé enseña inglés*. Cada uno de los elementos y símbolos están ahí tan bien usados que es una verdadera lección de historia, de esa historia que no se cuenta. Allí un maestro ante la crisis de conciencia, la angustia que supone para aquellos maestros de la vieja escuela el verse impedidos de enseñar por virtud de una funesta pedagogía al servicio del inglés y de la americanización. Pues bien, es tal el estado de amargura de ese maestro que llega a confundirse y en su ofuscación creyó hacer lo mejor que podía escogiendo una lámina de un gallo para enseñarle a sus alumnos de la montaña como se decía aquello en el extraño idioma y luego como cantaba también de acuerdo a como ese cántico le sonaba al oído del americano.

Encuentro otro ejemplo de la actitud a que me vengo refiriendo en la poesía de José de Diego. Tengo para mí que no hay mejor crónica del Puerto Rico de principios de siglo. Sus escritos y su poética toda recogen un conjunto de reacciones valiosas que fueron en buena medida las reacciones de su pueblo. Su poema al escudo que se va y al escudo que se recupera; su lección de geografía con la admonitoria sentencia "para hundir este yunque, no hay en el mundo martillo..." De Diego conoció bien lo que es la historia de la resistencia porque supo estar en ella y operar desde ella. Fue militante y poeta; protagonista y también narrador.

He tomado estos dos ejemplos extraídos de esa rica cantera que es nuestra literatura, por su aspecto documental, por lo que de crónica hay en ellos aparte claro está de sus valores estéticos, que caen fuera de mi consideración. Y he querido limitarme a estos dos ejemplos —un cuento de Terrazo y la poética de José de Diego ligeramente referida, claro está, porque nos basta para representarnos los diversos niveles en que se nos expresa esa historia auténtica a que me vengo refiriendo. La podemos ver en las reacciones sencillas, lacónicas, si se quiere, pero firmes —en el cuento la respuesta del niño— de un pueblo que sabe a veces más de lo que muchos se imaginan;

la vemos también en la abnegación de sus mejores adalides: Ruiz Belvis, Hostos, Baldorioty, Betances, De Diego, Albizu... Y lo vemos, por último, en la conciencia que se tenga de este drama porque ello hará multiplicar nuestras determinaciones.

El porqué nos aferramos a nuestro idioma, por ejemplo no puede ser entendido por muchos que apenas han pasado de la concepción puramente mecánica del idioma, llegando a difundir la tesis de que no existe tal amenaza o interferencia por parte del inglés. Independientemente de lo que haya sido en otros sitios, en el caso nuestro el idioma ha sido un profundo recurso de la resistencia. Esto es lo que se puede captar si se estudia la lengua dentro del contexto amplio de la cultura; si se examina ésta en su perspectiva histórica y particularmente con arreglo a la actitud que aquí se propone. El estudio de Germán de Granda, magnífico estudio en otros respectos, pero adolece de la principal falla de que a pesar de sus altisonantes promesas de enfocar los problemas de lengua y cultura interrelacionados se quedó en las expresiones más externas de esa relación. Lo mismo cabe decir de los comentarios de Rubén del Rosario,² persona que también ha hecho aportaciones valiosas al estudio de la lengua pero a mi juicio completamente ofuscado por carecer de las adecuadas perspectivas históricas y culturales.

Pero volvamos por un momento al cuento de Terrazo. Pues creo que ha sido de todos los cuadros el más nítido y claro. Ha logrado aquí Díaz Alfaro retratar con máxima claridad el caso límite de la agresión. Porque... imaginar siquiera que a un jíbaro puertorriqueño, aunque sea un pequeño jíbaro, le digan qué es un gallo y cómo canta y que quienes se lo digan sean los americanos no es sino plantear el caso límite, como fue también caso límite el intentar enseñar a los puertorriqueños la gramática española en inglés, o leer a Galdós en inglés con las anotaciones propias de quien desde el inglés se inicia en el español. Es el caso de la agresión tope que llegado ahí tiene que conmover hasta los espíritus sencillos y de corta edad. Puede que los hechos narrados en el cuento hayan sido reales o producto de la inventiva del autor. Poco importa: lo único real en este caso, o en todo caso más real es que por medio de esta representación o concepción del escritor es dibuja la dialéctica agresión-resistencia que se da en diversidad de planos, por muy diferentes vías y con variados matices. Por ejemplo leo el cuento referido y no es el suceso particular el que ocupa mi atención. Este se transforma por así decirlo y veo entonces la impostura en todas sus formas. Veo una economía que

² Particularmente en los que enjuicia el libro de Granda, pero en gran parte también los que de manera reiterada ha venido divulgando.

hasta ese momento había sido tradicional tornarse de estancamiento y subdesarrollo y llamar esto modernización. Veo sustituir los funcionarios propios y más que propios preocupados por intereses nuestros por funcionarios de fuera al servicio de propósitos extraños y llamar esto democracia. Veo ejercer la violencia en las mil formas que los sistemas de abundante numerario, tienen para corromper conciencias y llamar esto adelanto. Veo, en fin, deformar el espíritu humano por una pedagogía que encorva el intelecto y llamar esto excelencia de la educación y otras cosas tales. Tenemos que penetrar en todos estos laberínticos enredos para poder desenmascarar el caudal de confusión con que esas prácticas se intentan encubrir. Ahora bien, lo que en el cuento logro captar por medio de esta suerte de extrapolación, como ya vemos apunta a un nuevo plano de la agresión, más peligroso aún que el primero, pues tiene que ver con todo un complejo de supuestos y justificaciones aducidas para sostener las acciones agresivas del primer nivel. Se trata de un cuerpo de racionalizaciones comunicadas de muy diversas maneras, por lo que se dice y por lo que se calla, pero todas ellas dirigidas y calculadas para hacer pasar como legítimo, hasta natural ese sistema de violencia. Si pensamos por un instante en la diversidad de instituciones onerosas y represivas que ha habido en la historia de la humanidad, hemos de ver que su verdadero daño estaba precisamente en este segundo plano pues era el que oscurecía la verdadera relación. La esclavitud, por ejemplo, era cruel por las condiciones de trabajo y por las muchas privaciones a que se sujetaba al esclavo desde luego que sí, pero más por todo el proceso de deformación dirigido a inculcar en su ánimo una condición de esclavo; un pensamiento y unas actitudes de desvalimiento que le hiciesen depender eternamente de esa oprobiosa institución. Lo mismo cabe decir del colonialismo.

Sugiero en este punto que pasemos de *Terrazo* a otro libro en estos respectos también ejemplar: Fernández Vanga en su libro *El Idioma de Puerto Rico* pudo analizar con gran maestría este segundo plano a que nos venimos refiriendo. De la obra mencionada extraigo una página en que Fernández Vanga se refiere a un texto escolar de la época: Dice así la cita:

Un libro en inglés bastante esparcido por nuestras escuelas públicas entre los alumnos de cuarto y quinto grado es el titulado *Segundo Libro de Lectura Hispano Americano*. Su autor, que es autora, Grace M. Harris. En las páginas ciento ocho y siguientes de ese libro se habla de la fundación de esta sociedad, de este pueblo, de esta comunidad que nosotros llamamos cristiana, de Puerto Rico. Y las páginas ciento trece y siguientes del libro, tratan de la fundación y de los pasos iniciales de esa

comunidad poderosa y cristiana también que hoy se llama los Estados Unidos de América. Por supuesto, dicho se está que todas las comparaciones son odiosas; lo son sin duda y yo no intento plantearlas; pero como me las encuentro planteadas ya en el libro, intento reproducirlas, reproducirlas con todo lo que expresan, que es mucho, y con todo lo que implican que es más.

Cuando Ponce de León vino a Borinquen por la segunda vez —dice el texto— él quería arrebatar este país a Guaybaná y sus indios. Guaybaná no sabía que los españoles habían venido a Borinquen para arrebátársela a él. Guaybaná ignoraba que Ponce de León era un hombre cruel. Ponce de León —continúa el libro— deseaba encontrar oro y hacerse rico. Guaybaná lo llevó a un sitio donde era fácil hallar oro. Entonces, Ponce de León y los españoles trataron cruelmente a los indios. Aquéllos convirtieron en esclavos a casi todos éstos, y los obligaron a un trabajo durísimo en las minas de oro. Muchos de los indios —termina ese capítulo del libro— fallecieron a consecuencia de que aquel trabajo era excesivo para ellos. Otros tantos recibieron la muerte a manos de los españoles; y poco después ya no quedaban indios en Puerto Rico.

Dejando ahora a Ponce de León y sus crueldades y a los indios y su desgracia, saltemos dos páginas y, según hemos asistido a la fundación y a los primeros pasos de la comunidad que hoy se llama Puerto Rico, asistamos también a la fundación y a los primeros pasos del pueblo que hoy se llama Estados Unidos. Hace ahora muchos años, los Peregrinos vivían en Inglaterra. Eran ellos una gente que se distinguía por el valor y la bondad. Querían ellos actuar de acuerdo con el concepto que tenían de la justicia y querían además rendir adoración a Dios, de acuerdo con sus propias ideas.

El lector va a permitirme una interrupción para que él note y anote lo que los niños de nuestras escuelas han anotado ya en sus tiernas cabecitas: Los fundadores de Puerto Rico, es decir, los primeros antecesores nuestros en nuestra patria, eran unos hombres crueles, egoístas, sanguinarios y dominados casi exclusivamente por la sed de oro; y los Peregrinos que fundaron los Estados Unidos eran unos hombres buenos y valientes, dominados totalmente por la idea de Dios y el sentimiento de la Justicia.³

No siempre este intento por desbancar las raíces mismas de nuestra identidad fueron así de crudas; en otros autores más refinados el proceso es más sutil. Pensamos en Miller, Brameld y Perloff y cap-

³ Epifanio Fernández Vanga, *El idioma de Puerto Rico y el idioma escolar de Puerto Rico*, San Juan, 1931.

tamos no sólo esta modalidad más elegante sino hasta una suerte de división de trabajo; Miller es más político, Perloff es más economista. O podríamos decir Wells, que en un reciente libro y en una actitud ya muy de retaguardia nos quiere vender la tesis de que Puerto Rico se moderniza según se americaniza. Todos estos libros el 98 como demiurgo y de ahí empiezan a contar la obra redentora sobre Puerto Rico. Lo anterior, algo que puede tocarse por curiosidad, algo así como un apéndice de ese capítulo único. A veces, cuando se tornan un poco teóricos, hacen más; entonces la escriben en dos capítulos, claro está con sus respectivos apéndices. En el primero hablan de los horrores de España y en el segundo de la obra mesiánica de los Estados Unidos sobre Puerto Rico. Apéndice a lo primero: los indios; apéndice a lo segundo: los indios también, (claro está los que había aquí antes del 98).

Como se ve ya no se trata meramente de objetar a quienes han pintado un cuadro quedándose en el nivel de las acciones intervenidas, de la imposición. Se trata del problema mucho más difícil de la idea que tenemos acerca de nosotros mismos por virtud de estas explicaciones emanadas del sistema de instrucción pública y demás medios de la propaganda. El resultado del proceso bien podemos imaginarlo y constatarlo. A veces los mismos estudiantes lo perciben cuando al venir en contacto con extranjeros descubren cómo éstos pueden referir bastante de la historia de sus respectivos países al tiempo que ellos tienen que enmudecer. Tuvo éxito la política de deformación en estos extremos como también en el caso del idioma, pero no del todo y prueba de ello es que aún estemos resistiendo y creo que de aquí en adelante con mejores posibilidades. Bregaré más adelante con esta idea, pero por ahora baste señalar que el mismo hecho de que se les haga inmensamente difícil esa labor desnaturalizadora, por lo menos en sus formas más crudas, es el mejor índice de ello. ¡Cuánto trabajo les ha dado vendernos el cuento de San Juan como ciudad más antigua de los Estados Unidos! Con cuánta reserva han tenido que ocultar la política anexionista recurriendo cada vez más a sutiles subterfugios —“estadidad jíbara”, “voto presidencial”— y todo ello por no hablar del abandono por lo risible de las anécdotas de Washington, el que nunca dijo una mentira.

Estoy convencido de que uno de nuestros más efectivos vehículos de resistencia ha sido la actitud histórica que se ha mantenido en un sector comprometido con la puertorriqueñidad. Puede comprobarse este aserto a base de una correlación constatable entre los estudiosos de nuestro pasado y los protagonistas de la resistencia; entre los períodos de mayor actividad libertaria y esos entusiasmos periódicos por estudiar e interpretar lo nuestro. La actitud conformista ha llegado a

ser nuestro medio a-histórica; vive en un presente que parece no tener relación con nada anterior o nada que le siga. Pero, en los anexionistas, la cosa es diferente. No es meramente el estar en un presente absoluto, es negación sistemática. Aquí se aprende a no aprender nada que valga la pena sobre el país como si con ello se lograra su anhelo de verlo reducido a la simple condición de territorio. Si la primera es en buena medida el resultado de la indiferencia ante la historia, esta segunda es el producto de experiencias educativas como las que nos refiere Fernández Vanga en el pasaje citado.

En la medida en que estas correlaciones son válidas nos plantean al presente una interrogante. ¿No será, acaso, por medio de una mayor conciencia del pasado y del presente que lograremos ampliar y fortalecer nuestra lucha libertaria? A mí me parece evidente pero siempre que podamos comunicar la historia verdadera, la auténtica, la que vale la pena contarse. A los grupos independentistas, muchos de ellos ilustrados, la historia les ha llegado a través de la élite intelectual; nuestros poetas y escritores —ya lo hemos dicho— mantuvieron viva una corriente subterránea. Otro de los viejos grupos de la puertorriqueñidad, cultivadores de la montaña, el jíbaro de tierra adentro— esos tienen la historia en la comunicación verbal. La memoria, prodigiosa fuente del jíbaro, quien sin saber leer o escribir registra secuencias y leyendas, es un corte transversal a la historia del país. Han sido las zonas urbanas y fuera de los grupos ilustrados, los que se han tragado la píldora de la alienación y en ellos ha dejado alguna huella la pretensión ahistórica de los conformistas y la antihistórica de los anexionistas.

Queda claro, por lo menos para mí, que el sentido de la historia como el sentido del idioma han constituido vehículos o medios de la resistencia. No son los únicos. Advierto también en nuestro pasado de pueblo, una actitud hacia la administración de la cosa pública. Cuando tantas veces se ha citado la época de nuestro diputado Ramón Power y Giral y se detallan sus logros yo trato de ver allí algo que va más allá de Power. Sin pretender restar un ápice a sus grandes méritos, me parece más interesante la disposición del pueblo a envolverse en recomendaciones y propuestas como las podemos advertir si leemos las instrucciones de los distintos cabildos. Es lo mismo que vemos después en el segundo período constitucional que lleva a José María Quiñónez a sugerir medidas contra el burocratismo. Seguimos viendo esa disposición en las gestiones de nuestros dos procuradores cuando se hacen eco del sentir popular y aun en el gobierno nefasto de La Torre hay que reconocer que se mantiene una tradición de buena administración captable en los prontos equilibrios de erario y en sus

múltiples reglamentos. Creo que es posible hacer un interesante rastreo de esa actitud hacia la segunda mitad del siglo XVIII en que virtualmente Puerto Rico comienza a dar muestras de consistencia de pueblo. Pero, ¿para qué abrumar a ustedes con cosas muy sabidas? Aquí sólo quiero mencionarlas para que tengamos presente su papel en muchas de nuestras más exitosas campañas liberales. Sostengo que así fue hacia fines de siglo pasado y así también se ha mantenido a lo largo de éste. Como cuestión de hecho esto nos permite entender el porqué han sido tan desacertadas en nuestro país las administraciones de los incondicionales y de los conservadores. Las obras de programación, sea de largo alcance como la de Hostos en su Liga de Patriotas o como la consignada en el Plan Chardon o como la ensayada en los años del 40, ha sido siempre la obra de los comprometidos con la puertorriqueñidad, ya desde las filas del independentismo o de un efectivo autonomismo. Han sido los que han dado la baytalla en contra de las instituciones onerosas, llámense éstas "libreta de jornalero", esclavitud negra, latifundismo o conflicto de intereses. Los incondicionales, por otro lado, los del siglo pasado y los de ahora, han sido sistemáticamente defensores de esas retrógradas instituciones. Pero más que esto, su concepto mismo de la cosa pública es retrógrado. Tal vez todo se deba a que el desarraigo en que se da la vida del asimilista le impide ubicarse en perspectiva alguna que no sea la estrictamente individual. Son buenos en los negocios particulares pero no alcanzan a entender la gestión pública: a lo más que llegan es a verla como prolongación de sus negocios particulares. Los conflictos de interés surgen —es bueno decirlo— no por corrupción sino por falta de perspectiva; quien no le reconoce a la realidad otra dimensión que la individual y privada se ve en los conflictos casi sin querer, sin darse cuenta de ello. Según esta visión, el país es apenas un solar, una empresa, una fábrica grande.⁴

Es por ello que me parece advertir en el sentido de la administración pública que tiene el puertorriqueño —no el marginado anexionista— otra de las principales trincheras de la identidad.

El ejemplo anterior abona a nuestra insistencia de que es hora de que salgamos mar afuera, según la expresión de Pedreira, y nos envolvamos en un repertorio de estudios de investigación en los que se nos vaya revelando palmo a palmo la verdadera semblanza de la comunidad puertorriqueña. En cortes longitudinales como el que sugiere sobre el trazado de la administración pública en nuestro país,

⁴ Es así como se explica que algunos líderes anexionistas quieran tomar a San Juan y, arrancándola de aquí, ponerla en los Estados Unidos para que sea la primera de los americanos; como las fábricas que se pueden mover de un lado para otro.

iremos aprovechando las más ricas vetas de una mina que aún aguarda cuidadosas exploraciones.

Lo que sostengo en definitiva es que esta nueva forma de enfocar los hechos de la realidad puertorriqueña nos ilumina considerablemente el panorama; surgen nuevas vías al entendimiento, nuevos retos a la comprensión. La explicación de la imposición y de la colonia nos lleva inevitablemente a un constante girar. Es decir las mismas cosas, quizá con nuevas palabras, pero a fin de cuentas las mismas, como lo son también las consecuencias del proceso. Es ni más ni menos que la historia de la muerte que es bueno conocer y hasta imprescindible como marco de referencia, pero que sólo vale la pena si la acompañamos y la anteponeamos a la secuencia de nuestros sueños, de nuestros afanes, de nuestras rebeldías. En una palabra, la historia de la vida que siempre habremos de anteponer a todo reuento necrofílico.

Tenemos, pues, que el nuevo enfoque que propongo es por un lado una forma de mirar el desarrollo político de Puerto Rico que estimo vale para la historia toda del país: económica, social y cultural. Esto en lo que concierne al aspecto descriptivo. Ahora bien, por su lado combativo y no meramente descriptivo, debe convertirse en un medio —no el único ni siquiera el más importante, pero de cualquier manera un medio— para adelantar el esfuerzo y la lucha de liberación. Es lo que he querido comunicar en el libro. El nuevo enfoque lo concibo en los primeros capítulos como un recurso de interpretación, pero termina presentándose como un medio para adelantar el proceso reivindicador. Dicho de otra manera, es una forma de ver el desarrollo político pasado y también una posible orientación sobre el desarrollo político futuro. De ahí la necesaria ambigüedad del título.

¿Qué papel —nos preguntamos en este punto— qué contribución puede hacer este pretendido nuevo enfoque para la lucha de emancipación de nuestro país? En primer término creo que debe contribuir a mejoras el concepto que tenemos de nosotros mismos superando el que de muy diversas maneras se ha tratado de difundir a los fines de perpetuar en nosotros un sentido de desvalimiento colectivo. Esa visión deformadora debe desterrarse y en su lugar aprender a comunicar, sin estridencias, pero con seguridad todo lo que de valioso pueda haber en nuestra historia y en nuestra cultura. Narraremos los hitos de la libertad por encima y apesar de la imposición y con ello ganaremos confianza en nosotros mismos. En segundo lugar, debe contribuir a una mejor apreciación de nuestro pasado. Queremos trazar la trayectoria del país y no es suficiente con mencionar los hechos más espectaculares. Tenemos que ser en esto más generosos, más justos y más objetivos también. No es suficiente con quedarnos en

Betances y Albizu con todo lo ejemplares que fueron esas vidas. ¿Dónde colocar la labor de Acosta y Baldorioty que prácticamente se echaron a cuestras este pueblo en momentos difíciles? ¿A José Pablo Morales y Julio Vizcarrondo, verdaderos abanderados en sus luchas contra la libreta y la esclavitud? ¿Cómo no dar crédito a Tapia que hacía mediados de siglo pasado inició un proceso de conciencia reuniendo documentos de donde sale la famosa *Biblioteca Histórica de Puerto Rico*, punto de partida de posteriores esfuerzos de interpretación? Y en fin esa larga lista de escritores y luchadores cuya labor hay que examinarla con cuidado porque contiene múltiples ingredientes de la resistencia. En el trabajo, siguiendo una vía un tanto más sociológica, quise captar esas aportaciones por medio de lo que llamé "los cauces del reformismo" y entre éstos los tres que consideré más relevantes al desarrollo político: la lucha de partidos, la campaña parlamentaria y la labor difusora y aleccionadora del periodismo político. La actividad de nuestros diputados durante los primeros años del setenta la considero importante por sus logros, algunos de ellos necesarios para llevar la causa de la libertad hacia nuevas fronteras. Aquellas gestiones, seriamente tomadas como se colige por todas sus intervenciones en las cortes, establecieron una pauta de cómo deben conducirse los verdaderos representantes de un pueblo.

Mencioné también los esfuerzos por vía de los partidos políticos y creo que fue aquí donde mi falta de claridad fue mayor. Los partidos políticos —señalé— pueden ser y han sido medios reivindicatorios en Puerto Rico y en muchos otros lugares, pero tienen al mismo tiempo sus limitaciones. En primer lugar suponen una determinada estrategia y si no se actúa con cuidado pueden resultar de efectos nulos. En segundo lugar, da la impresión, por la misma razón anterior, de ser un medio contemporalizador y esto en no pocas veces suscita problemas, no sólo frente a los restantes grupos, sino en sí mismo como muy bien lo ha hecho ver Anderson en su examen de uno de estos partidos. Mencioné a Muñoz Rivera como el primer político puertorriqueño, es decir el primero que tuvo que bregar por esta vía que no es ni la más pura ni la más fácil. Y, finalmente, aludí al periodismo del siglo pasado en su papel en la formación de actitudes libertarias y como medio de difundir las ideas, recordando siempre que se trató de un periodismo con un estilo muy diferente a la prensa oligopólica, anodina, comercializada y conservadora que domina la escena periodística de nuestros días.

De modo que la segunda función del enfoque propuesto es que nos permite advertir una historia más amplia, un cuadro más fiel de las luchas de afirmación. Para decirlo en una forma sencilla: replantea el problema histórico de pasado al concebirlo bajo la fór-

mula de los procesos de agresión de una parte y los medios y recursos de la resistencia de otra.

Y en tercer lugar, estimo que el mayor valor del enfoque propuesto no es otro que esas mismas actitudes trasladadas a la situación de presente. Es decir, un reconocimiento de que como la batalla es amplia y compleja se precisan diversos medios sin que ello tenga que tener el efecto de envolvernos en estériles disputas de métodos porque cada quien crea que el suyo es más efectivo o en comparaciones también estériles porque entienda que tal o cual no ha hecho lo suficiente o no concorra con nuestra particular metodología. Creo que un reconocimiento cabal de esta idea que no es sino un intento por hacer una definición más liberal de la realidad presente, nos daría la base más firme para un esfuerzo de unión de todos los que de alguna manera luchan en favor de la causa puertorriqueña. Creo que sería la manera en que ese esfuerzo pase de una mera verbalización al plano de la conducta. Porque no es unión en la identidad de métodos —éstos son y deben ser diferentes— sino en el compromiso fundamental de todos los que integran la legión de la resistencia.

Permítaseme antes de terminar una ligera digresión para discutir un punto que estimo de alguna importancia y es en cierto modo un corolario de lo anterior. Me refiero al punto de cómo un uso descuidado de las palabras, particularmente de los términos principales, puede surtir efectos contraproducentes de igual manera que el asunto anterior de pugilatos innecesarios dentro de la propia familia puertorriqueña, justamente en momentos en que se precisa del máximo de energías para combatir la verdadera amenaza. Aquí se ha abusado de algunas palabras que no sólo no son las únicas y que en rigor no son ni siquiera las más adecuadas; pero por encima de ello que no resultan vehículos eficaces para la acción. Una de éstas es la palabra "colonia". Se trata de un término que para los que están bien concientizados —como decimos ahora— tiene un significado muy claro y hasta catártico. ¡Quién ante un gran atropello sobre nuestro pueblo no se siente tentado a hablar de la colonia! En estos casos, como recurso para describir un proceso innegable como es el colonialismo y a la vez como una voz de protesta, el término es correcto y muy adecuado. Pero ¿cómo le llega todo esto al pueblo; qué entiende por ello? ¿Cómo lo siente, cómo lo percibe? Tengo la impresión que en este caso la palabra no ha resultado en un buen vehículo de comprensión. Una de las cosas que podemos comunicar con esta palabra a quien no conozca ciertas sutilezas es que nuestro pueblo fue colonizado por los norteamericanos de la misma manera en que fue colonizada esta isla por los españoles a comienzos del siglo xvi. O podrían tener estas palabras el efecto de comunicar en el ánimo la idea de que ya

que no somos un pueblo o una nación, sino una mísera colonia pues lo mejor es optar por la estadidad porque así por lo menos seremos algo. Se trata pues de expresiones que usadas indiscriminadamente y hasta abusadas pueden producir efectos muy negativos.⁵ ¿Por qué no decimos las cosas con más variedad y con más corrección; unas veces que somos un país invadido desde el 1898 y procediendo a trazar en ese hecho y sus reductos —visibles en Culebra, en las bases, en las armas nucleares— la arrogante pretensión de los Estados Unidos de creerse dueños de este país? O en otros momentos decir que somos un país intervenido y proceder a trazar en las innumerables leyes y acciones administrativas de las agencias federales todo ese cúmulo de intervención, reservando la palabra colonia para las situaciones y contextos a que al principio me referí.

Lo mismo podemos decir de las connotaciones adversas de otros términos usados como por ejemplo el de "inferioridad política". Es posible que ello comunique la idea de que somos inferiores políticamente, contribuyendo así a justificar al dominador. Desde luego que sabemos bien qué es lo que se quiere decir; pero no es ésta la cuestión, sino qué se entiende por lo que decimos y más importante, qué efectos en nuestro esfuerzo de liberación.

Finalmente, no sólo el uso de las palabras, particularmente de las palabras claves debe ser objeto de cuidadoso examen, sino el proceso de la argumentación. Creo que podemos con palabras y con pruebas señalar que queremos la libertad para hacernos mejores y que abonamos esta pretensión, no a base de una apelación abstracta del derecho, que es importante pero que maliciosamente se puede rebatir, sino a base de las muchas cosas que en nuestra vida de pueblo hemos podido hacer aún dentro del marco estrecho de libertades en que nos hemos tenido que desenvolver. Lo que queremos —y así se debe comunicar al pueblo— es la oportunidad para que un país que sabe qué hacer con la libertad pueda dar rienda a todo un caudal de posibilidades. Queremos, en definitiva, la libertad, no para la muerte como ha querido sugerir el dominador y sus ayudantes, sino para la vida, para la vida auténtica.

Decía antes de la digresión que me parece ver en el pretendido nuevo enfoque un criterio para la unión de la verdadera familia puertorriqueña. Con base a este criterio ya no sería primario decirse radi-

⁵ Esto por no detenernos en consecuencias más ceñidas al puro nivel de la política partidista que suele convertirse en postulados de la acción. Me refiero a la actitud defensiva que pueda suscitar en algunas personas llevándolas por vía de la racionalización a toda una casuística —mal entendida ciertamente— pero de cualquier manera creída como cierta respecto a la condición de otros países particularmente hispanoamericanos que no son "colonias".

cal o izquierdista, centrista, autonomista, independentista, soberanista, etc., o estar en tal o cual partido, grupo o movimiento. El criterio sería si se es capaz de actuar desde la resistencia o por el contrario colaborar y ayudar al invasor. Se trata pues de una polarización, como señalo en el trabajo, pero con un contenido distinto al que se le adscribe corrientemente. Es nada más y nada menos que estar envuelto en la gran batalla que supone muchos frentes y que requiere diversidad de talentos y de temperamentos. Cada uno por su lado y desde su particular trinchera. Todo esto es la familia puertorriqueña. Logremos su unión en día en que respetando sus matices —porque pueden y deben respetarse— estemos dispuestos a ver la unidad, no en las metodologías particulares, sino en la causa que se libra por afirmar una patria y eliminar la agresión en todas sus manifestaciones.

Por eso quiero terminar esta conferencia haciendo un reconocimiento y dedicando estas palabras a todos los que en el pasado y en el presente, de una manera o de otra, han sabido luchar y resistir por la causa de la Libertad de Puerto Rico.